

HIGHFIELDS ACADEMY

DEUS EX NEVER

© Jakobe Fontán 2026

Obra registrada.

Prohibida su reproducción total o parcial.

© Ediciones K Media 2026

Número de asiento registral: REGAGE26e00003898273

Para solicitar más información:

administracion@ediciones-k-media.com

Visita: <https://wolabu.com>

HIGHFIELDS ACADEMY UNIVERSE

Universo narrativo original diseñado para adaptación serial

Este libro es fruto de diez años de rigurosa investigación documental y, aunque los nombres de las personas implicadas se han cambiado para proteger su privacidad, los hechos permanecen completamente inalterados. Más que una simple lectura, esta obra es una invitación cordial a la exploración: a lo largo del texto encontrará pistas, sucesos históricos y referencias que le animo a contrastar a través de internet, permitiéndole comprobar por sí mismo la veracidad y el trasfondo de todo lo que aquí se relata.

Capítulo 1

La Verdad

Aquellas salas le parecían un cubo de acero y hormigón, completamente deshumanizadas. Apenas unas paredes gris claro que reflejaban la luz de los paneles LED. Los observó un momento. Luz azul, consiguiendo un toque todavía más frío, como si quisieran recordar constantemente a sus moradores dónde estaban.

En el centro, la mesa metálica atornillada al suelo, junto con el par de sillas, componían el único mobiliario de aquel espacio.

Sentada junto a él, Alex se inclinaba sobre su examen. Se frotaba la frente, suspiraba, volvía a la hoja anterior y parecía completamente perdido. Además, sudaba a mares pese a que la temperatura allí no pasaría de los veintitrés grados.

Miró su propio examen. Lo había terminado hacía ya un rato, pero fingía repasarlo para no aburrirse.

—Os quedan cinco minutos —les informó el profesor Vance.

Alex levantó la mirada con los ojos muy abiertos. Como de costumbre, fiel a su hábito de llegar tarde a todo.

No pudo evitar sonreír levemente al mirarle.

Le había parecido mono desde la primera vez que se sentó a su lado en la fuente central del campus. Lo había llegado a conocer muy bien después de pasar tantos meses encerrados. Muchas noches hablando hasta las tantas, contándose de todo.

Era un buen tío.

Un poco despistado, pero bueno de verdad.

Miró a Vance y decidió que sería mejor darle el examen ya.

—He terminado, profesor.

Se levantó, se acercó a él, le entregó las hojas, volvió a su silla y se sentó a esperar.

Observó cómo Alistair lo ojeaba intentando no mostrar interés. Notó un tic casi imperceptible en su ojo derecho. Después le vio arrugar la nariz, milésimas de segundo, no más.

Sabía lo que estaba pensando. Le gustaba lo poco que había leído. Le iba a poner entre un nueve y un diez de nota si el resto del examen estaba igual. Sonrió al pensar que así era.

—¡Tiempo! —señaló Vance.

Alex siguió escribiendo como si la cosa no fuera con él.

—Señor Torres, tiempo —repitió.

—Sí, sí, un segundo solo, que me queda una cosilla.

El profesor se levantó y se acercó a la mesa. Hizo ademán de coger las hojas y casi tuvo que pelearse con él para que se las entregase.

—Señor Torres, seguimos como el primer día que nos conocimos por lo que veo.

—Ya le digo que no, señor —respondió cargado de sorna Alex. Vance levantó una ceja al escuchar el tono.

—¿Perdone?

—Cuando nos conocimos, yo no llevaba cinco meses encerrado en este sitio tan maravilloso —explicó con la voz cargada de sarcasmo—. Así que podría ser usted un poquito más flexible.

—Lamento la situación en la que se encuentran, señor Torres, pero lo que hizo usted junto a la señorita Swartz —explicó señalándola—, estuvo muy mal. Además, me toca personalmente ya que usaron mis credenciales ridiculizándome delante de todo el profesorado.

—Pero es que...

Era mejor intervenir para que aquellos dos no se enzarzaran en una discusión estéril. Estiró la mano y lo sujetó por la muñeca justo cuando iba a levantarse.

—No —le pidió mientras negaba con la cabeza—. Relájate.

Alex apretó los labios, dejó caer los hombros y lanzó un bufido enorme.

—En cuanto tenga la nota, les avisaré —les dijo Vance mientras guardaba los exámenes en su maletín—. ¿Necesitan alguna cosa? ¿Algo que pueda hacer por ustedes?

—Sacarnos de aquí —soltó Alex, que al parecer mantenía las ganas de armar follón.

Lo miró encogida de hombros.

Ya no hacía falta palabras entre ellos, se entendían a la perfección sin hablar.

—Las cosas que pasaron en el San Valentín Sangriento son muy graves —explicó el profesor. Se notaba que estaba eligiendo sus palabras con cuidado—. Hasta que no esté todo claro...

—¡Pero si yo casi la palmé! —masculló Alex dándose palmadas en el pecho—. ¿Cómo podéis pensar que yo...?

No terminó la frase. Clavó los codos en la mesa, se llevó los puños a la frente y empezó a golpearse a sí mismo.

Vance dejó el maletín en el suelo y colocó una mano sobre el hombro del joven.

—Torres... —no dijo más.

Hizo una pausa. Debíó darse cuenta de que si no era más cercano el chico no le escucharía.

—Alex, míreme —se puso en cuclillas para que sus ojos quedasen a la misma altura que los de su alumno—. Entiendo que con su carácter no fuesen capaces de esperar a que les contásemos las cosas según se ha hecho siempre. Son jóvenes, lo quieren todo ya. Es normal.

—No, profesor Vance, ¡que no somos tontos! —respondió clavándole la mirada—. Solo nos iban a decir que todos somos huérfanos, una verdad a medias. ¿Qué hay de la parte que falta? ¿Eh? De esa no han dicho nada.

Vance abrió la boca para responder pero no lo hizo.

Le miró de reojo. Sabía lo que le pasaba: no era capaz de encontrar una respuesta porque no la tenía.

Volvió la vista hacia ella repentinamente.

—No se preocupe, profesor —habló antes de que él le preguntase nada—. No se lo hemos contado a nadie, pero —respiró profundo antes de seguir hablando—, yo estuve seis horas llorando escondida en mi habitación cuando él me lo contó.

—No creo que entendáis las implicaciones que...

—Mejor de lo que usted cree —le interrumpió.

Se movió, inclinándose sobre la mesa, hacia él.

—Descubrir que toda tu vida es una mentira es devastador. Por supuesto que lo entendemos. —Apretó los labios antes de continuar—. ¿Cuándo lo sabrá el resto?

Vance permaneció en silencio, atusándose la barba. El ritmo de su parpadeo se aceleró; lo detectó al vuelo. Estaba tenso, probablemente decidiendo si mentir o decir la verdad.

No hacía falta que contestase.

—No se lo van a contar nunca, ¿verdad?

Apenas fue un milímetro, pero abrió los ojos. Estaba sorprendido. Normal que lo estuviese. Tenía delante a una alumna de primero que le estaba leyendo como si fuese un libro abierto. Hasta pudo notar el escalofrío que le recorrió la espalda mientras intentaba mantener la compostura.

Había llegado el momento de sacar la artillería pesada. Miró a Alex y le sonrió. Él le devolvió el gesto.

—¿Puedes dejarme a solas con el profesor Vance?

—No, Maya, debo irme, debo volver a Highfields —se adelantó a responder antes de que Torres dijese nada.

—De eso nada, señor —negó ella cruzándose de brazos—. Solo serán cinco minutos.

Alex se levantó y al pasar a su lado, le susurró al oído:

—Suerte, profesor.

Se acercó a la puerta y golpeó un par de veces. El guardia abrió desde fuera y lo miró de arriba abajo.

—¿Y la señorita Swartz? —preguntó.

Alex señaló con el dedo pulgar por encima de su hombro.

—Tiene un asunto que tratar con el profesor Vance.

El guardia ladeó la cabeza, le dejó salir y cerró la puerta con llave de nuevo.

Se recostó en su silla, aún con los brazos cruzados.

—¿Cómo se enteró usted?

No le iban a dejar a solas con él más de cinco minutos, así que no había tiempo que perder. Directa al grano, sin paños calientes. La mímica corporal de Vance cambió repentinamente. Estaba defragmentando su mente, podía sentirlo.

—No va a engañarme —le aclaró.

Por si tenía pensado intentarlo y para que le quedase claro, decidió explicarle el motivo.

—Me he pasado medio año viéndole dar clase. Me sé de memoria todos sus patrones de lenguaje no verbal y conozco todas sus microexpresiones.

Él tragó saliva despacio al escucharla, pero no se iba a dejar intimidar por una chica de apenas diecinueve años. Colocó los brazos cruzados sobre la mesa y la miró a los ojos.

—Cuando entré en Highfields como profesor, al poco tiempo —respondió a la pregunta inicial.

Después hizo una pausa, bastante larga.

—Nadie me lo dijo, lo descubrí revisando archivos, de casualidad.

No le respondió nada, se limitó a mirarle, como si esperase que siguiese hablando.

—No lo quise aceptar, me pareció irreal —bajó la vista, evitando el contacto visual—. Que todos fuésemos huérfanos se me antojó hasta normal, más sencillo para todos. Sin ataduras en cuanto fuésemos mayores de edad, lo simplificaba todo. Era perfecto —levantó la mirada—. Pero que todos fuésemos...

No se atrevió a terminar la frase, lo vio en sus ojos.

—¡Dígallo, profesor! —le exigió.

Vance negó en silencio.

¿Por qué se negaba a admitir la realidad de aquella manera? No tenía sentido tener tanto reparo. Apretó los labios y decidió completar la frase por él.

—«Pero que todos fuésemos hijos no deseados» ¿Eso es lo que no es capaz de decir? ¿La verdad? —Se percató de que Vance se encogió al escucharla—. Abandonados al nacer, todos antes de cumplir los seis meses. Hijos de drogadictas, prostitutas o indigentes que no deseaban ser madres y sabe Dios qué más.

Vance apretó los puños y la miró a los ojos.

—¿En qué mejora tu vida saberlo? —le preguntó.

Al escucharle, un calor le subió por el cuello hasta las mejillas.

—En nada, profesor —gruñó frunciendo el ceño—. Pero Wang piensa que sus padres murieron en unas inundaciones, Nico más de lo mismo, Alex «recuerda» que le dijeron que los suyos tuvieron un accidente de avión. —Apretó los dientes—. Todo mentiras.

Vance guardó silencio durante casi medio minuto.

—No sé qué decirte, Maya —admitió finalmente.

Se llevó un dedo a la sien. Aquel hombre sabía lo mismo que ellos. Apenas nada. Ya no había motivo para seguir hostigándole.

—Gracias, profesor, es suficiente por ahora.

Vance se frotó los labios y abrió la boca para realizar una pregunta, pero no hizo falta.

—No sé cómo se enteró Alex —le respondió anticipándose—. Algo le pasó durante la visita a Butler con el equipo de baloncesto, pero cuando intento hablar con él sobre ese día, se cierra en banda.

—Entendido —asintió él.

Alistair se levantó buscando con la mirada su maletín.

—¿Vendrá usted al juicio? —le preguntó.

—Sí, por supuesto —confirmó él rotundo—. Además, declararé a vuestro favor.

Después le dedicó una pequeña sonrisa antes de mirar hacia la puerta.

Sin embargo, aún quedaba una cosa por hablar.

—No se vaya, profesor. Hay algo más que debo contarle.